

NUESTRA SOLIDARIDAD Y COMPROMISO CON UNA CULTURA DEL CUIDADO

Hno. Álvaro
Rodríguez
Echeverría, FSC*

Resumen:

La cultura del cuidado nace de la conciencia de nuestro origen común, de nuestra interdependencia y de un futuro que debemos construir todos juntos. La categoría cuidado es originaria del ser humano y debe extenderse a toda la vida. María en Caná es un maravilloso ícono de la cultura del cuidado que como consagrados debemos hacer nuestra como atención, responsabilidad y cercanía ya que por vocación estamos llamados a ser el rostro más humano de la Iglesia.

Palabras clave: Cuidado, atención, cercanía, solidaridad, responsabilidad.

Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración (LS 202).

* Hermano de La Salle, es costarricense e hizo su formación en Italia y España. En México obtuvo la Licenciatura en filosofía. Durante 25 años trabajó en Guatemala. Fue Provincial de Centroamérica, presidente de CONFREGUA y vicepresidente de la CLAR. Fue Vicario General y Superior General de su congregación, Presidente de la USG. Actualmente es el Rector de la Universidad de La Salle de San José, Costa Rica.

Este texto del Papa ilumina lo que debemos entender por una cultura del cuidado que nace de la conciencia de nuestro origen común, de nuestra interdependencia y de un futuro que debemos construir todos juntos. Por eso debemos reorientar el rumbo y cambiar. Este cambio supone, una verdadera y profunda conversión a nivel personal, pastoral y ecológico. La palabra conversión a veces nos asusta porque implica un cambio interior, un cambio de corazón, de vida, de sentido, de conducta, de relación. Pero también, implica abrirnos, responder al grito de los pobres y al grito de la naturaleza, en una aproximación de cercanía, empatía, solidaridad y cuidado, no de dominio y control.

La cultura del cuidado nos invita a construir y a ser testigos de una Iglesia pobre y para los pobres. Una Iglesia que toca la carne de Cristo en los que sufren. Por consiguiente, esta renovación eclesial es una invitación a volver al Evangelio y a vivir el discipulado misionero en nuestro seguimiento de Jesús. Sus actitudes deben ser las nuestras. Esto significa una Iglesia abierta, cercana a la gente, acogedora, sencilla, humilde, sin ansias de poder, servidora. “El discípulo, a medida que conoce y

ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios” (DA, 278).

La cultura del cuidado nos debe llevar a encarnar una Iglesia esposa, madre, servidora, misericordiosa, facilitadora de la fe y no controladora. Una Iglesia cimentada en Jesucristo, su piedra angular, que trate de evitar desde su propia fragilidad, las tentaciones de la autorreferencialidad, la nostalgia, la utopía desencarnada, la autocomplacencia, el derrotismo, la búsqueda de la eficiencia y la eficacia como valores en sí mismos. Una Iglesia que ve la persona, al igual que Jesús, más importante que las estructuras, las normas y los ritos.

Como nos decía en una charla el Padre Adolfo Nicolás, antiguo Prepósito General de los Jesuitas, se trata de ver el mundo con los ojos de Dios, llenos de compasión y de ternura; escuchar con los oídos de Dios la voz, los gritos, el clamor angustiado del pueblo; sentir con el corazón de Dios y

sus entrañas de misericordia; y sólo entonces, hablar la Palabra de Dios, palabra de conversión y solidaridad capaz de transformar la realidad.

Se trata, por consiguiente, de una *conversión al futuro*, porque cuando hablamos de conversión tendemos a pensar en el pasado y la conversión debe hacernos mirar sobre todo al futuro como signo de algo cualitativamente mejor; como repetimos con frecuencia ¡un mundo mejor es posible! Se trata entonces, de hacer presentes los valores del Reino, de filiación y de fraternidad, que deben ser nuestro horizonte inspirador. Una fraternidad que no se queda solamente a nivel de la persona humana, sino que, como San Francisco abarca a todos los seres de la creación, nuestras hermanas y hermanos. No podemos pues, encerrarnos en el pasado y vivir de espaldas a las realidades de hoy. Si queremos hablar de una cultura del cuidado debemos hacerlo en términos de imaginación creadora, de una valentía capaz de correr riesgos, de osadía, para no tener miedo ni confundir la fidelidad con la pura repetición del pasado.

1. En búsqueda de un nuevo paradigma: cultura del cuidado

El subtítulo de la Encíclica *Laudato Si'* del Papa Francisco es: sobre el cuidado de la casa común. La palabra cuidado es una de las más repetidas a lo largo de este documento. El hermoso y celebre mito griego del cuidado conocido como la fábula de Higino, nos revela que la esencia de los seres humanos es protegernos y cuidarnos los unos a los otros. Al final de la fábula, Saturno que actúa como árbitro toma esta decisión: “Tú, Júpiter le diste el espíritu, entonces recibirás de vuelta este espíritu cuando la criatura muera. Tú tierra, le diste el cuerpo; entonces cuando la criatura muera se te devolverá el cuerpo. Pero como tú, cuidado fuiste el primero que moldeaste a la criatura, la mantendrás bajo tus cuidados mientras viva”.

Aparece claramente que la categoría cuidado es originaria al ser humano, está en las entrañas del mismo y debe extenderse a toda la vida. El cuidado implica en este relato una actitud amorosa. A lo mejor por eso durante mucho tiempo lo hemos identifi-

cado como una cualidad femenina, como nos lo dice Emma Martínez Ocaña:

Saber cuidar expresa no sólo una sabiduría importante de la vida sino una actitud esencial en el desarrollo de nuestro ser humano, pero es un verbo que el estereotipo de género nos ha atribuido, casi en exclusiva, a las mujeres. Ser mujer es sinónimo de cuidar, desvelar-se, ser solícita, delicada, preocuparse por... estos verbos han llegado a ser parte de nuestra identidad asignada sin ser conscientes de la injusticia que esa atribución ha generado: primero porque cuidar no se ha conjugado como verbo reflexivo: cuidar-se, sino que el objeto del cuidado eran siempre los otros, con el peligro real de quemarse en el camino, de perder la propia identidad de desconocer las propias necesidades y deseos; segundo porque si saber cuidar es una cualidad esencial al ser humano se ha despojado al varón de un camino de humanización y realización de lo mejor de su ser persona¹.

Por dicha, hoy se está dando un cambio, que se puede constatar en el cuidado que los padres jóvenes dan a sus hijos. Esto era impensable en mi niñez. La pa-

¹ Martínez Ocaña, Emma. “Aprender la sabiduría del cuidado de sí mismo.”, *Revista Confer.* 179 (2007): 495-526.

labra cuidado viene del término latín “cura”, e implica una actitud de atención, preocupación, cercanía, interés, responsabilidad. Pero el cuidado no es solamente una actitud que debemos tener entre nosotros -género humano- sino con toda la creación; por eso, el Papa Francisco nos invita a pasar de una visión antropocéntrica a una visión ecocéntrica, o sea, a una visión que abarca toda la creación. Es interesante ver cómo el Papa parte de una visión sistémica en la que aparecen dos comunidades a las que todos pertenecemos: La humanidad y la Casa de la tierra, la “madre Tierra”. Por eso el Papa nos habla del “grito de la Tierra y del grito de los pobres”, del “cuidado”, de la “interdependencia entre todos los seres”, de los “pobres y vulnerables”, del “cambio de paradigma”, del “ser humano como Tierra” que siente, piensa, ama y venera, de la “ecología integral”. Por eso, el Papa renueva el pedido hecho por Juan Pablo II y repetido por el Papa Benedicto XVI, el de una conversión ecológica.

Pero ya en el Génesis encontramos una llamada al cuidado. Aunque si en ella hemos subrayado el “dominar la tierra”, el texto va más allá: Dios los bendijo, diciéndoles: “Sean fecundos y mul-

tiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Tengan autoridad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra”. No hemos puesto de relieve la invitación general que esta nos hace: “Dios el Señor tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara” (Gn 2,15). Es por eso por lo que el Papa Francisco nos dice: “Porque todas las criaturas están conectadas, cada una debe ser valorada con afecto y admiración, y todos los seres nos necesitamos unos a otros” (LS. 42). Esta visión busca una integración de la defensa del ambiente, la defensa de la persona y el bien común de la humanidad. Por eso afirma: “La crítica al antropocentrismo desviado tampoco debería colocar en un segundo plano el valor de las relaciones entre las personas. Si la crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad, no podemos pretender sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano” (LS. 119).

Creo que, a manera de síntesis sobre la cultura del cuidado, podemos apreciar el pensamiento

de uno de sus más importantes representantes:

Mitos antiguos y pensadores contemporáneos de los más profundos nos enseñan que la esencia humana no se encuentra tanto en la inteligencia, en la libertad o en la creatividad, cuanto básicamente en el cuidado. El cuidado es, verdaderamente, el soporte real de la creatividad, de la libertad y de la inteligencia. En el cuidado se encuentra el “*ethos*” fundamental de lo humano. Es decir, en el cuidado identificamos los principios, los valores, las actitudes que convierten la vida en un vivir bien y las acciones en un recto actuar².

Para no quedarnos únicamente en el campo especulativo, quisiera terminar este apartado con algunas exigencias concretas que brotan de un auténtico cuidado. El ejercicio de cuidar, más allá de su carácter prosaico y cotidiano, resulta fundamental para la subsistencia del género humano y exige:

1. *El escrupuloso respeto de la autonomía del otro.*

² Boff, L. *El cuidado esencial. Ética de lo humano compasión por la tierra*. Madrid, España: Trotta, 2002. 13-14.

2. *El conocimiento y la comprensión de la circunstancia del sujeto cuidado.*
3. *El análisis de sus necesidades.*
4. *La capacidad de anticipación.*
5. *El respeto y la promoción de la identidad del sujeto cuidado.*
6. *El auto-cuidado como garantía de un cuidado correcto.*
7. *La vinculación empática con la vulnerabilidad del otro³.*

2. No tienen vino

María en Caná es un maravilloso ícono de la cultura del cuidado. Ella, está atenta a las necesidades de los jóvenes esposos, se siente responsable de buscar una solución a una situación aparentemente no tan importante. Vive cercana a las personas, e intercede por su felicidad y alegría, pidiendo al Hijo que transforme el agua de las purificaciones, en el vino de la fiesta.

Aún hoy, María sigue atenta a nuestros propios Caná y necesidades. Nada le pasa desapercibido. Como dice un texto lleno de ternura y delicadeza del gran teólogo dominico Edward Schillebeeckx:

³ Torralba Roselló, Francesc. "Esencia del cuidar." *Revista de teología pastoral* 93, 1095 (2005): 885-894.

Con infatigable solicitud, María averigua cuáles son nuestras necesidades y, con la franca sencillez de una madre, se las presenta a Dios, quien, en Jesús, fue y sigue siendo su Hijo, su "Niño": "¡Ya no tienen vino!" ¡Si pudiéramos escuchar, aunque no fuera más que por un momento, la conversación callada que María sostiene con Jesús acerca de nosotros...! ¡Si pudiéramos ver un destello de su rostro, cuando mira a su Hijo con una mirada que le está diciendo: "Ya no tienen vino", "Andan escasos de dinero", "Están pasando por una terrible desgracia", "Su padre está enfermo y su madre tiene ya ocho hijos", "Tienen muchos deseos de expresar físicamente el amor que sienten el uno hacia el otro, pero las circunstancias hacen difícil que puedan tener otro hijo", "Su madre se les ha escapado de casa: su padre les ha dicho a los niños que la mamá ha emprendido un largo viaje y que no sabe cuándo va a volver"⁴.

María es la revelación, la anticipación escatológica del misterio del Dios Trinidad, sacramento de la ternura de su amor maternal y de su cuidado incondicional por todas sus creaturas, sobre todo, las más vulnerables. Acercarnos a María es conocer mejor el ser

⁴ Schillebeeckx, E. *María Madre de la Redención*. Madrid, España: Editorial Fax, 1968, 262-263.

de Dios Padre-Madre. María aparece, pues, primeramente como revelación de Dios. Un Dios que se compara con la madre que consuela, madre incapaz de olvidarse del hijo de sus entrañas, que al final de la historia enjugará las lágrimas de nuestros ojos. María añade un elemento nuevo a la Encarnación. Como nos dice Schillebeeckx:

En este sentido, el estado de María de ser madre de Cristo y madre nuestra explica algo de la redención de Cristo, un elemento que no está explicado, él mismo, en el acto de la redención de Cristo y que no puede explicarse siquiera en dicho acto. Tal elemento es la cualidad femenina y maternal de la bondad [...] Sin embargo el hombre Jesús en cuanto tal, no puede manifestar esa generosidad, esa dulzura, ese cariño tierno, ese “algo” propio de una madre. Tal manifestación sólo es posible en un ser femenino y maternal. Y Dios eligió a María para representar en su persona este aspecto maternal⁵.

Nuestra sociedad está sufriendo un cambio de eje de gravedad. De una sociedad basada en el predominio del varón y de la racionalidad, se está pasando a una sociedad centrada en la persona

⁵ Idem.

y en el equilibrio de sus cualidades. En el nuevo paradigma que se abre camino, la categoría fundamental no es el conocimiento, sino la relación. La racionalidad ha marcado el mundo de los cuatro últimos siglos, como lo opuesto a la emoción, la subjetividad, el sentimiento y la intuición. Esto, ha llevado a una infravaloración de lo femenino, al despreciar lo irracional, lo intuitivo, lo emotivo. En María lo femenino aparece como camino a Dios y revelación de Dios. Como afirma Juan Pablo I: “Dios es Padre, pero sobre todo es Madre”. Por eso podemos decir que las raíces de lo femenino se pierden en Dios y María es la revelación, el sacramento, la anticipación escatológica de tal misterio de ternura. Acercarnos a María es conocer mejor el ser de Dios. Acercarnos a María es abrirnos a la cultura del cuidado, es estar atentos al grito de los pobres y al grito de la naturaleza.

Lo femenino nos hace ver al ser humano en otra clave. Hasta ahora el mundo ha estado marcado por lo masculino y los resultados de tal visión. En este contexto aparece lo femenino como posibilidad de otra óptica marcada por relaciones más fraternales, más tiernas y solidarias, más contemplativas y en comunión con la tie-

rra. En este sentido el documento de Puebla afirma: “María es mujer. Es la bendita entre todas las mujeres. En ella Dios dignificó a la mujer en dimensiones insospechadas. En María el Evangelio penetró la feminidad, la redimió y exaltó” (P. 299). Y una de esas dimensiones es sin duda la delicadeza de la atención, responsabilidad, cercanía y cuidado que hoy todos estamos llamados a vivir.

3. La cultura del cuidado en nuestra Vida Consagrada

San Juan de la Cruz inspirándose en Mateo 25 decía que en el ocaso de la vida, seremos juzgados por el amor. Por el amor que hayamos brindado a los demás y el cuidado que hayamos ofrecido a la creación de Dios. “Tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber... estaba desnudo... en la cárcel...” (Mt 25). No se trata de un amor abstracto o platónico, sino de un amor concreto que se hace historia, un amor lleno de atención cuidadosa a todos los seres, especialmente a los más vulnerables e indefensos. Ellos, son la clave hermenéutica que debe inspirar nuestros proyectos congregacionales y nuestros procesos transformadores.

No nos podemos reducir a lo simplemente tecnológico ni a las leyes del mercado. Lo nuestro es mantener viva la dimensión antropológica y ecológica en un mundo cada vez más virtual y conflictivo. Lo nuestro es ser custodios del misterio que cada persona humana y cada ser encierra. Lo nuestro es desarrollar la dimensión contemplativa de nuestros contemporáneos. Sólo así podremos asegurar lo que *Gaudium et Spes* expresa con tanta lucidez y fuerza: “Se puede pensar con toda razón que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar” (GS 31).

La cultura del cuidado debe llevarnos a ser buenos con nosotros/os mismas/os y estar atentos a nuestras necesidades, pero, tiene también una dimensión comunitaria con un fuerte sentido de pertenencia que, nos hace permanentemente sensibles a las necesidades de nuestras/os hermanas/os de comunidad y finalmente, y no menos importante, como nos dice la teóloga ya citada Emma Martínez Ocaña de la Institución teresiana: Es una responsabilidad de los gobiernos (de nuestras congregaciones) el

saber revisar y adaptar las estructuras institucionales para incluir este objetivo, en relación a sus miembros, con el mismo celo que los objetivos relativos a la tarea y misión; revisar la formación que se ofrece a los miembros para incluir el cuidado de sí mismo, de los otros, del mundo, como un eje transversal de los programas de formación. ¿Qué pasaría en nuestras comunidades si comprendiéramos y practicáramos que el hecho de cuidarse a sí mismo y cuidar a los otros (y en los otros están los miembros de la comunidad), es cambiar nuestras estructuras para favorecer este objetivo, que es una manera eficaz y real de hacer verdad el único mandamiento que nos dejó Jesús de amar a Dios, al prójimo y a uno mismo?⁶.

La Vida Consagrada nació como un modo de ser alternativo a la sociedad para presentar unos valores distintos en la forma de ser y de vivir. Por pertenecer en palabras del Vaticano II a la *vida y santidad* de la Iglesia y no a su *estructura jerárquica* (LG 44), lo nuestro es ser el corazón, como lo intuyó Teresa del Niño Jesús. Por eso estamos emplazados a iden-

tificarnos más con Juan, el discípulo amado y amante, que con Pedro, el jefe, como lo ha escrito bellamente la religiosa brasileña Lucía Weiler (Discípulo amado, discípula amada, Vida Religiosa, diciembre 2008, número 10, Madrid, págs. 22 a 28). Por vocación lo nuestro es ser el rostro más humano y compasivo de la Iglesia. Lo nuestro es continuar haciendo cada día realidad *la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor a los hombres... (Tito 3,4)*. ¿No será la cultura del cuidado un medio extraordinario para lograrlo?

Conclusión

La pasión por la humanidad que nos debe caracterizar hoy es sobre todo ternura, solidaridad, cercanía, presencia, acogida, acompañamiento. Camus ponía como ejemplo de amistad verdadera la de un hombre cuyo amigo había sido encarcelado y todas las noches se acostaba en el suelo de su habitación para no gozar de una comodidad arrebatada a aquél a quien amaba. Y añadía el novelista que la gran cuestión para las mujeres y hombres que sufrimos es la misma: ¿Quién se acostará en el suelo por nosotras/os? Y Kafka, nos ha dejado la descripción de una extensa ciudad de noche en la que sólo velan

⁶ Cf. Martínez Ocaña, Emma. "Aprender la sabiduría del cuidado de "sí mismo." *Revista Confer*, 179 (2007): 495-526.

unas pocas personas, y la de un inmenso campamento en el cual todos duermen, excepto algunos centinelas. Y se pregunta: ¿Por qué unos pocos están despiertos mientras todos los demás duermen? Y se responde: Es necesario que alguno vele, que alguien esté allí.

Quizá seamos nosotras/os religiosas y religiosos los que estemos llamados a dormir en el suelo o a estar en vela y a estar ahí, como una manera privilegiada de cuidar a tantas/os hermanas/os que hoy en el mundo buscan un sentido a sus vidas y no encuentran razo-

nes para vivir y esperar y en favor también de nuestra naturaleza maltratada, no como poseedores de todas las certezas, sino como buscadores humildes que comparten con ellos sus incertidumbres y están dinamizados por la misma sed. Atentos y cercanos a tanta gente *que no tiene vino*. Por eso con el poeta granadino Luis Rosales podemos decirles:

*De noche iremos, de noche,
sin luna iremos, sin luna,
que para encontrar la fuente
sólo la sed nos alumbra.*